

En viaje

(EL MÁXIMO DE LECTURA, POR EL MÍNIMO DE PRECIO)

REVISTA MENSUAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO · CHILE



Viña del Mar, el magnífico balneario, cuyo prestigio constituye la atracción máxima del continente.

Edición N.º 88

—

Precio: \$ 1.60

FEBRERO DE 1941

Doña INES SUAREZ

EN ENERO de mil quinientos cuarenta, Pedro de Valdivia salió del Cuzco para la conquista de Chile.

Había venido a América, pobre de bolsillo y desprovista de maleta, con su capa y espada solamente, como dice Ercilla en el canto I de La Araucana.

La industria de que, según el mismo poeta, estaba dotado, le había permitido orillar las innumerables dificultades que la penuria le había suscitado.

A la fecha indicada, se encontraba al frente de ciento cincuenta soldados entre infantes y jinetes y de mil indios de carga.

Iba a la conquista de un reino.

Codicaba grandes riquezas, el mando de una vasta comarca, un título de nobleza, gloria.

Contaba cuarenta y tantos años de edad, cuando emprendió su expedición.

Era valiente como un aventurero, e imperioso como un señor feudal.

Llevaba a su lado tres clérigos y una dama.

La joven de que venía acompañado, se llamaba doña Inés Suárez o Juárez, porque estos dos apellidos se le dan en las crónicas y documentos de aquel remoto tiempo.

Suárez y Juárez son diversas formas de un mismo patronímico.

Según el propio testimonio de Valdivia, fué la primera española que pisó el territorio chileno.

Era viuda.

¿Cómo se nombraba a su marido?

¿Dónde había fallecido?

No se sabe.

¿Qué papel desempeñaba ella en la expedición?

El mismo Valdivia ha depuesto acerca del particular:

"Doña Inés Suárez fué a Chile con licencia del marqués don Francisco Pizarro. Estaba a cargo de mi servicio y limpieza; y me cuidaba en mis enfermedades".

La señora aquella era más que una criada, una enfermera.

Había otra cosa que Valdivia calla a fuer de caballero.

Doña Inés tenía, no sólo la llave de la despensa, sino también la llave del corazón de su amo.

Toda expedición militar en país enemigo es naturalmente lenta, pesada, fatigosa, llena de molestias y privaciones.

Los invasores atravesaron arenas y páramos; sufrieron las escabrosidades del suelo y las inclemencias de la temperatura; experimentaron las angustias del hambre y de la sed.

El antiguo cronista don Pedro Marín de Lovera refiere, en su Crónica del Reino de Chile, el siguiente suceso acaecido en el tránsito del desierto de Atacama:

"Estando el ejército en cierto paraje a punto de perecer por falta de agua, congojándose una señora que iba con el general, llamada doña Inés Suárez, natural de Placencia y casada en Málaga, mujer de mucha cristiandad y edificación de nuestros soldados, mandó a un indio cavar la tierra en el asiento donde ella es-

taba, y habiendo ahondado cosa de una vara, salió al punto agua en tal abundancia, que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por la misericordia. Y no paró en esto su magnificencia porque hasta hoy conserva el manantial para toda gente, la cual testifica ser el agua de la mejor que han bebido la del jagüey de doña Inés, que así se le quedó por nombre".

Una tropa colecticia, como la alistada para la conquista de Chile daba lugar a incesantes chismes y pendencias, a actos de relajación e indisciplina, a intentonas de revuelta.



En América, lo desconocido constituía por sí solo un sobresalto y un peligro.

Los maledicentes se mofaban con motivo de las relaciones amorosas que sospechaban o veían entre el jefe y la patrona sirvienta.

Algunos murmuraban.

En Atacama, un soldado llamado Escobar faltó al respeto debido a su capitán don Juan Guzmán.

Pedro de Valdivia lo condenó a la pena de garrote por el desacato.

Todos saben que el suplicio de este nombre se ejecuta sofocando al ajusticiado con una argolla de hierro aplicada a la garganta.

Sea que no hubiere tal instrumento, o que se hubiere descompuesto, ello es que el garrote fué reemplazado por la horca.

Habiéndose cortado el cordel de intento o por casualidad, se suspendió la ejecución y el reo fué desterrado.

Escobar tuvo tanto terror de haberse visto a la puerta de la eternidad, que se retiró a España, donde se metió a fraile.

Se susurró entre algunos de la tropa que el soldado insolente había sido condenado, porque doña Inés de Suárez se había quejado en contra suya.

¿Qué había de cierto en ese rumor?

¿La lengua del delincuente se había esgrimido también contra la favorita?

Empezaron por ocultar sus viveres a fin de no tener que repartirlos con los blancos, y se concertaron con sigilo para dar un asalto.

Pedro de Valdivia husmeó su intento y trató de frustrarlo.

Al efecto, convocó ante sí los caciques principales de las inmediaciones.

Siete acudieron a la cita, habiéndose excusado los demás.

Luego que estuvieron en su presencia, Valdivia los exhortó a la paz; les exigió que le suministrasen bastimentos en un plazo perentorio, y los retuvo prisioneros como rehenes.

Acto continuo, destacó treinta jinetes a la descubierta, y él los siguió con sesenta en dirección al sur para inspeccionar las comarcas y proporcionarse recursos.

Dejaba la insurrección a sus espaldas.

La naciente ciudad quedó bajo la custodia de su lugarteniente, Alonso de Monroí y de su maestro de campo, Francisco de Villagrán.

* * *

El domingo 11 de septiembre de 1541, tres horas antes de amanecer, los indios atacaron con el ímpetu de un ariete la capital en ciernes.

La prisión de los siete caciques los había exasperado.

Reino de Chile) doña Inés Juárez que estaba en la misma casa donde estaban los presos; y tomando una espada en las manos, se fué determinadamente para ellos; y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre que matasen luego a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror, que con bríos para cortar cabezas: Señora ¿de qué manera los tengo yo de matar? Respondió ella: De esta manera; y desenvainando la espada, los mató a todos con tal varonil ánimo, como si fuera un Roldán o un Cid Ruiz Díaz.

Doña Inés Suárez no se detuvo en su obra de sangre y ferocidad.

Ejecutado el degüello, ordenó a los dos guardianes cargasen con ellos, y los arrojasen a la plaza.

Su orden fué cumplida.

"Viendo doña Inés (dice Mariño de Lovera) que el negocio iba derrota batida, y se iba declarando la victoria por los indios, echó sobre sus hombros una cota de malla y se puso juntamente una cuera de anta; y de esta manera salió a la plaza, y se puso delante de todos los soldados, animándolos con palabras de tanta ponderación, que eran más de un valeroso capitán hecho a las armas, que de una mujer ejercitada en

Sea patriota: Vista con paños de lana nacionales

Ahora es imposible averiguarlo.

Puede ser que ella hubiera denunciado el atrevimiento del milite procaz contra su superior inmediato; pero ostensiblemente el delito castigado no tenía conexión alguna con fal-das.

Pedro de Valdivia se ha limitado a decir sobre este punto, que Escobar había sido condenado, que se le había puesto después en libertad, y que había llevado consigo la sentencia.

* * *

Hay ciudades azotadas por los vientos; hay otras embestidas por las olas.

Santiago de Chile fué combatida en su cuna por enemigos mas terribles que los vientos y las olas: los indios.

Los naturales que ocupaban el valle del Mapocho, miraron con ceño adusto que unos advenedizos levantasen en su tierra una fábrica colosal que, una vez concluida, iba a ser una fortaleza para someterlos y esclavizarlos.

Instintivamente, pensaron en destruirla.

Luego que los asaltantes fueron descubiertos, alaridos horribles, semejantes a los bramidos lanzados por una manada de fieras hambrientas, turbaron el silencio de la noche, cuya obscuridad rasgaron a guisa de relámpagos, tizones encendidos, que caían sobre los edificios techados provisionalmente con paja.

Los sublevados pretendían derribar las paredes, incendiar las materias inflamables, matar a los habitantes, libertar a los caciques detenidos.

Capitaneaba la furiosa turba Michimalonco, señor principal del valle del Mapocho.

El combate se trabó en las tinieblas.

Previniendo el asalto, los españoles habían construido sus trincheras y abierto fosos, y tenían sus armas listas y sus caballos ensillados.

Al rayar el alba los caciques prisioneros (que, según varios cronistas, se reducían sólo a cinco) procuraron romper sus ligaduras y comenzaron a dar gritos descomunales para que sus secuaces vinieran a socorrerlos.

"Oyó estas voces (dice don Pedro Mariño de Lovera en su Crónica del

su almohadilla.

"Y juntamente les dijo que, si alguno se sentía fatigado de las heridas, acudiese a ella a ser curado por su mano, a lo cual concurren algunos, a los cuales curaba ella, como mejor podía, casi entre los pies de los caballos; y, en acabando de curarlos, les persuadía y animaba a meterse de nuevo en la batalla para dar socorro a los demás que andaban en ella y ya casi desfallecían.

"Y sucedió que, acabado de curar un caballero se halló tan desfallecido del largo cansancio y mucha sangre derramada de sus venas que, intentando subir en su caballo para volver a la batalla no pudo subir por falta de apoyo, lo cual suplió tan bastantemente esta señora que, poniéndose ella misma en el suelo, le sirvió de apoyo para que subiese: cosa cierta que no poco apoya las excelentes hazañas desta mujer y la diuturnidad de su memoria. Llamábase este caballero Jil González de Avila, que fué muy conocido en estos reinos, el cual apenas entraba en conversación o corrillo donde no refiriese aqueste hecho con los demás memorables desta señora, que

se tocan en diversos lugares desta historia, aunque no todos por haber sido tantos, que la requerian propia de solos ellos".

Los naturales se retiraron, dejando el terreno sembrado de cadáveres.

La pérdida de los españoles está expresada en el siguiente fragmento de una carta dirigida por Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V:

"Los indios pelearon todo el día en peso con los cristianos, y les mataron veinte i tres caballos i cuatro cristianos, i quemaron toda la ciudad i comida i la ropa i cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra, i con las armas que a cuestras teníamos i dos porquezuelas i un cochinitillo, i una

polla i un pollo i hasta dos almuerzas de trigo".

Una sonrisa involuntaria asomará a los labios del lector, al ver que Valdivia coloca en la misma línea los caballos, los hombres, los puercos, las gallinas y los pollos. No olvidemos que los animales domésticos adquieren una importancia inmensa para los fundadores de una población en regiones desconocidas. Les proporcionan placer, comodidad, sustento, tal vez la vida. Las semillas se encuentran en la misma categoría. Un grano de trigo, la pepita de una fruta, la simiente de un árbol, pueden tener un precio fabuloso a los ojos de un colono.

Rodrigo de Quiroga declara bajo juramento que los asaltantes serían doce o trece mil indios; que la batalla duró desde el cuarto del sol hasta media hora antes de ponerse el sol; que murieron sólo dos españoles pero todos los demás quedaron muy mal heridos, exceptuando quizás dos; que los naturales mataron muchos caballos, cada uno de los cuales valía setecientos u ochocientos pesos.

La voluntad indomable de los conquistadores volvió a levantar la destruida Santiago. Una vez restaurada, doña Inés Suárez fué a morar de nuevo en la casa de Pedro de Valdivia. Ya se ve: la criada debía acompañar a su amo. Uno y otro vivían en aposentos separados y comían en mesas diversas, pero nada impedía que pudieran comunicarse de día y de noche. Las puertas permanecían abiertas o podían abrirse sin obstáculo.

Los patrones sostenían que el patrón y su sirvienta eran amante y querida, y se trataban como tales.

Todo hace presumir que doña Inés era mujer de rostro bello y de gentil talante.

El jesuita Diego de Rosales refiere, en su *Historia General del Reino de Chile*, que, antes de atacar a Santiago, Michimalonco había exigido



que se le diera, como presa única del saqueo "a doña Inés Suárez, una hermosa dama que sólo había en la ciudad".

Los demás despojos pertenecían a los ocupantes. Es verosímil que la belleza de la viuda de Placencia hubiera despertado en el magnate español el mismo afecto que en el jefe indiano.

El pasaje citado del padre Rosales y el futuro enlace de Rodrigo de Quiroga con la codiciada joven dan cierto interés novelesco al suceso siguiente referido por el mismo Quiroga.

Cuando Pedro de Valdivia volvió a la destruida Santiago, supo que Michimalonco estaba reuniendo a los naturales en un lugar fortificado a doce leguas de la ciudad para continuar la lucha.

Inmediatamente el Gobernador resolvió atacarle con gente de a caballo y de a pie para frustrar su intento.

Entre los individuos de la tropa destinados a este fin iba Rodrigo de Quiroga. El fortín fué tomado después de un combate en que resultaron un hombre muerto y varios heridos.

"La jornada y desbarate de Michimalonco (agrega Quiroga) fué gran parte para que los naturales vinieran de paz, y así vinieron luego los de aquel valle porque se perdió allí al dicho Michimalonco, el cual prendió este testigo (Quiroga), en lo cual se hizo gran servicio a Su Majestad".

El 13 de diciembre de 1547, Pedro de Valdivia se embarcó en Valparaíso para dirigirse al Callao, a fin de llevar el apoyo de su brazo, de su táctica, de su nombradía y de sus secuaces a la causa del rey combatida por Gonzalo Pizarro.

Gobernaba a la sazón en el virreinato de Lima el licenciado don Pedro de la Gasca, sacerdote esforzado y sagaz que, como el cardenal Jiménez de Cisneros, era perito en teología, en política y en guerra.

El Presidente del Perú quedó muy satisfecho del importante auxilio prestado por Pedro de Valdivia y le nombró Gobernador de Chile en premio de sus servicios; pero se vió obligado a detenerle antes de que partiese a su destino para substanciar y resolver un proceso que sus malquerientes dedujeron en contra suya en octubre de 1548. La acusación contenía cincuenta y siete cargos; pero no estaba firmada por nadie.

Posteriormente se esclareció que ocho individuos, a saber, Hernán Rodríguez de Monroí, Gabriel de la Cruz, Antonio Tarabajano, Lope de

Landa, Diego de Céspedes, Antonio Zapata, Francisco Rabdon y Antonio de Ulloa, la habían convenido y acordado.

El Presidente La Gasca examinó a los testigos que podían tener conocimiento de los hechos acriminados; y el 19 de noviembre de 1548 pronunció su sentencia que fué absolutoria para el acusado, exceptuando algunos cargos de poca gravedad.

El 31 de agosto del año citado, el Gobernador y Capitán General de Chile se puso en marcha para ejercer el mando de una región que era necesario descubrir y conquistar.

Don Diego Barros Arana publicó en 1873 su interesante libro titulado **Proceso de Pedro de Valdivia**, en que insertó íntegro todos los documentos relativos a la materia.

Dicho proceso se encuentra también incluido en el tomo 49 de los Documentos Inéditos para la Historia de España, recogidos por Torres Mendoza, y en el tomo 8 de la colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile reunidos por don José Toribio Medina.

Me apresuro a declarar que los datos principales de esta biografía han sido tomados de la obra dada a la estampa por el señor Barros Arana.

La muerte de los cinco o siete caciques prisioneros, lejos de menoscabar en un ápice la reputación de doña Inés Suárez, la elevó hasta los astros.

Los conquistadores estimaron esta acción como una proeza, y calificaron a su ejecutora de heroína.

Los hombres de la época tenían el corazón de hierro, como sus corazas.

Su tipo ideal era la dama soldado. Doña Inés Suárez fué aplaudida, no sólo por los militares, sino también por los eclesiásticos.

El padre Miguel de Olivares, la

llama en su Historia del Reino de Chile, mujer heroica.

La dulzura de las costumbres modernas ha introducido una nota discordante en ese coro de alabanzas.

El padre fray Javier Guzmán, en El Chileno, instruido en la Historia topográfica, civil y política de su país, dice que doña Inés Suárez procedió con ánimo más varonil que humano.

Don Claudio Gay, después de haber hablado de los cinco caciques degollados, agrega como comentario:

"¡Infelices! Su delito no era otro, sino un acrisolado amor a su país y el natural deseo de sustentar sus derechos y su libertad".

El panegírico va degenerando en censura.

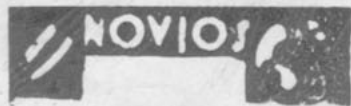
Algunos escritores han dudado de que la matanza de los caciques fuera efectiva.

Don Claudio Gay dice a este respecto:

"Citamos este hecho de doña Inés, porque anda en todas las historias referentes a Chile, en las impresas, como en las que aun permanecen manuscritas; pero más de un motivo hay para no creerlo verdadero. Todavía no hemos logrado ver un solo documento que ese hecho confirme; el libro de acuerdos del Cabildo de Santiago no hace mención de él, ni tampoco Valdivia, aunque abundan en todas sus cartas los detalles de cuantos sucesos acontecieron entonces".

Don Benjamín Vicuña Mackenna se expresa como sigue, hablando de doña Inés Suárez en su Historia Crítica y Social de la ciudad de Santiago:

"Fué ésta la primera mujer que formara su hogar en este suelo de dulces hogares; y aquello que han contado del degüello que hizo de siete caciques por su propia mano, no



CASA SOSTIN

GARANTIDAS. MACIZAS, SELLADAS Y GRABADAS. DESDE

\$ 98.— PAR. ENTREGA INMEDIATA.

ARGOLLAS DE ORO

FABRICA DE ARGOLLAS

NUEVA YORK 66. NO CONFUNDIR.

REGALANOS BOLETOS DE LOTERIA.

REMITIMOS A PROVINCIAS.

GARANTIA — SERIEDAD — RAPIDEZ

es sino uno de esos plagios de escritores pedantes que quisieron pintarla como Judit, esta caricatura divinizada de la mujer, cuando fué sólo dechado de virtudes privadas y sociales".

Me parece que hay equivocaciones en tales asertos.

La muerte infligida a los caciques prisioneros no puede ponerse en duda.

El mismo Pedro de Valdivia reconoce su exactitud en el proceso arriba mencionado.

El cargo 39 de la acusación está concebido en estos términos:

"Item, que ha removido muchas veces los indios, quitándolos a unos y dándolos a otros.

Y a su manceba, que le había dado gran cantidad de indios, quitólos para dárselos, demás de los muchos que ella tenía, a Francisco Núñez y a Landa conquistadores".

Pedro de Valdivia contestó a la segunda parte de esta articulación en su defensa ante el presidente La Gasca:

"En lo que dicen de Inés Suárez es que, a pedimento e importunidad de los que en aquella tierra estaban, por las buenas obras que de ella dicen haber recibido, y porque decían aquel día que los indios dieron aguazábara a la ciudad fué la dicha Inés Suárez grande ayuda para que no se desamparase, por la diligencia que había tenido en curar a los heridos para que volviesen a la pelea, e después en el ánimo que tuvo en que se matasen los caciques y en ayudar a ello, que fué causa principal para que visto los indios muertos a sus señores, se retrujesen, e que por ser la primer mujer que en ella tierra había entrado se le diesen algunos indios para su sustentación, porque sin ellos no podría vivir, e así por respecto de lo dicho y a contemplación de todos, de los indios que tenía en mi depósito, le di un cacique que la alimentase; y los indios que se dice en el capítulo que se quitaron a Francisco Núñez, fué un principal sujeto a este cacique, sobre el cual traía pleito el mismo cacique con el dicho Francisco Núñez, e sabida la verdad, él mismo hizo dejación del, e se lo dejó; y en lo de Landa, en la reformación se dió aquel principal que tenía a su cacique, porque era sujeto suyo, e por pleito que con la Landa había traído el alcalde se lo había adjudicado por sentencia, y si a vuestra señoría le parece que no son causas justas, mande lo que sobre ello fuere servido, que lo que se hizo fué las razones arriba publicadas".

Nótese: primero, que Pedro de Valdivia reconoce implícitamente que tenía una manceba, designando como tal a doña Inés Suárez; y segundo, que expresa que ella había ayudado a matar a los caciques durante el asalto de Santiago.

Se objetará tal vez, que Valdivia no podía haber presenciado ese trágico suceso, por hallarse a la fecha, distante de la ciudad.

No lo niego; pero recuérdese que el caudillo español retrocedió inmediatamente que tuvo aviso del ataque; y que, por lo tanto, debió recibir informes precisos de lo ocurrido, pudiendo aún ver los cadáveres de los indios tendidos en el campo de batalla.

Observaré además, que todos los testigos de la sumaria aseveran uniformemente el hecho cuestionado.

¿Qué más se quiere?

Doña Inés Suárez adquirió un alto prestigio entre los pobladores merced a su calidad de única española existente en la ciudad, a su bizarría, a su mérito personal y a su conexión íntima con Pedro de Valdivia.

"Sus servicios militares y domésticos (dice don Diego Barros Arana en su libro El Proceso de Pedro de Valdivia), así como las atenciones que prestaba a los heridos y a los enfermos, así como la devoción ferviente de una española del siglo XVI, granjearon a Inés Suárez consideraciones a que casi no podía aspirar la obscura manceba del conquistador Pedro de Valdivia. Los más encumbrados personajes de la ciudad la colmaban de atenciones y solicitaban humildemente su protección. El clérigo Rodrigo González Marmolejo, que después fué el primer obis-

po de Santiago le enseñaba a leer. Jerónimo de Alderete, regidor del cabildo y tesorero real, la sacaba a paseo, dándole la mano como si fuera una encumbrada dama. Los conquistadores no se sorprendieron cuando Valdivia, queriendo pagar los servicios prestados por Inés Suárez, le hizo un repartimiento de tierras y de indios tan considerable, como el que había dado a sus más distinguidos capitanes".

Doña Inés Suárez edificó la ermita de Monserrate en el Cerro Blanco.

El presbítero Carlos Emilio León, en su libro titulado "Recuerdos y tradiciones de la ermita de Monserrate, Rosario de la Viña", dice a este respecto:

"La idea de la ermita o santuario para el culto perpetuo de la Santísima Virgen grabado en el corazón del conquistador cristiano, echó hondas raíces en el alma de una mujer católica, célebre en los primeros tiempos de la Conquista, y cuya memoria han mancillado algunos historiadores con una suspicacia poco noble y generosa. Doña Inés, animada por el fuego de su fe, no desperdició la ocasión de tener la gloria de fundar entre nosotros el primer santuario de la Santísima Virgen. No cabe duda de que dicha ermita es el primer monumento religioso que se ha erigido en Chile".

L. A.

DISFRUTE de AGRADABLES VACACIONES

EN EL
MEJOR
BALNEARIO
CORDILLERANO

QUE BRINDA
EL MAS SALU-
DABLE CLIMA
DE CHILE

HOTEL
CONFORTABLE.

BALNEARIO

JAHUEL

SANTIAGO: WEIR, SCOTT & Co. — San Antonio 246.
VALPARAISO: SOC. ANONIMA JAHUEL, (Oficina General)
AVENIDA ERRAZURIZ 1238.

